

Me duele hasta el aliento

Xosé Luis Barreiro Rivas

LO HABÍA LEÍDO cientos de veces en el verso de Miguel Hernández. Pero me temo que no lo había entendido hasta ayer por la mañana. Escuché los primeros flashes de la noticia en mi domicilio, cuando nadie imaginaba la magnitud de la masacre. Y empecé a temer lo peor en el momento de entrar en la Facultad de Ciencias Políticas de Santiago, cuando ya se vislumbraba la inmensa gravedad de un atentado dirigido contra los muertos y sus familias, contra la democracia y sus instituciones, contra la libertad y la honradez de un pueblo que no se merece tanta vergüenza y tanta sangre. Por eso llegué a sentir en mis tuétanos la misma experiencia brutal cantada por el poeta: "tanto dolor se agolpa en mi costado, que por doler me duele hasta el aliento".

La teoría dice que la muerte no admite cuentas, y que un solo cadáver pesa lo mismo que mil. Pero la experiencia parece decirnos otra cosa, y por eso se me impone la convicción personal de que hay algo nuevo en la magnitud de una tragedia de más de 185 muertos y 1.300 heridos, que fue organizada para volar a España entera, y para que allí donde la pólvora no llegase, llegasen los efectos morales de un asesinato que hace palidecer todos los atentados que hemos soportado en cuarenta años de locura. Por eso no me extrañó que, en un contexto político en el que tantas veces se nos ha advertido que esto podía pasar, todo el mundo percibiese la idea de que esto es distinto, y que, tan pronto se asoma la cabeza por encima de los cadáveres, se tiene la evidencia de que esta vez han temblado los cimientos del sistema, y que todos estamos obligados a dar una respuesta serena, honesta y comprometida al reto brutal que los terroristas, todavía sin nombre, acaban de presentarnos.

Aunque la enormidad de este golpe desborda todas las comparaciones, no puedo evitar su conexión con aquella "matanza de Atocha" en la que fueron asesinados varios abogados laboristas. Porque también entonces sentimos que aquellas muertes desbordaban la visión humanitaria de las cosas, para comprometer de una forma cierta, concreta e inmediata los fundamentos de nuestra libertad. Muchas veces hemos dicho, y con razón, que todas las muertes del terror son inútiles, y que en modo alguno pueden modificar el curso de las instituciones. Pero también esa frase tiene sus matices, y no sería bueno ni prudente que, con el único fin de mantener inamovible la estrategia antiterrorista del Gobierno, dejásemos de hacer preguntas sobre las soberbias seguridades del ministro del Interior, sobre la evidente diferencia entre los terroristas que nos atacaron ayer y los que nos atacaban antes, y sobre la angustiosa hipótesis de que las Fuerzas de Seguridad no se hubiesen oído siquiera la presencia de Al Qaeda en Madrid. La posibilidad de que el terror tenga una firma

distinta de la que adelantó Acebes no quita ni un ápice de verdad a las condenas lanzadas contra ETA el día de ayer. Los etarras son tan asesinos si actuaron ayer como si le dejaron su macabro protagonismo a Al Qaeda. Pero la idea de que hemos emprendido un camino infalible en la lucha contra el terrorismo está ya en entredicho, y nadie debe zafarse de hacer el balance de una política exterior agresiva, al estilo gran potencia, en la que hemos entrado voluntariamente.

También sería deseable que, con tanta muerte encima de la mesa, dejásemos de hablar como autómatas, para añadir alguna idea al huero discurso oficialista que nos ha acompañado en los funera-



les de los últimos años. Aunque no hagamos distinciones entre unos muertos y otros, o entre los que consiguen matar y los que sólo lo intentan, no podemos ignorar que hay algunas diferencias importantes entre las bombas que se avisan y las que no se avisan, o entre los atentados discriminados y los que nada discriminan. Los balances del terror, medidos en víctimas, han cambiado radicalmente en una sola mañana. Y todo hace pensar que, cruzada la terrible barrera que separa la baja intensidad del todo vale, nos conviene de verdad que, mucho más pronto que tarde, dejemos de hacer balances engolados y comparaciones odiosas, para reconocer que todos los excesos cometidos en nombre de la eficacia, han quedado en entredicho. Y algo debe haber cambiado ya cuando el presidente del gobierno dijo que el terrorismo es loco, pero no ciego, y cuando el propio ministro del Interior tiene sobre su cabeza la doble amenaza que significa el no haber evitado los atentados y el no haberse oído la posibilidad de que Al Qaeda estuviese detrás de esta masacre.

No quisiera concluir este comentario de urgencia sin insistir con todo mi corazón en la necesidad de separar y distinguir el pueblo vasco de ETA, a los musulmanes de Al Qaeda, el nacionalismo de la violencia, los errores políticos de los asesinatos cobardes, las opiniones discrepantes y las cuentas exigidas con lealtad de-

mocrática de la división que debilita la lucha contra ETA, y la libertad de hacer propuestas y estrategias contra ETA de ese rosario de imputaciones encadenadas en las que media España se siente ya aludida. Ahora, como es obvio, todavía andamos finos. Pero dentro de unos días volverán a asomar las graves ecuaciones que identifican una reforma estatutaria con una pistola, a un nacionalista con un etarra, a un vasco con un sospechoso y a un emigrante con un asesino. Y así, ya lo sabemos, no se puede llegar a ninguna parte.

Cuando se hayan disuelto las millonarias manifestaciones de esta tarde, empezarán a asomar de nuevo las insidias, las imprudencias y los deseos de aprove-

char la última espina de todos los peces que caigan en la red. Y por eso no debemos ocultar que, en medio de la enorme generosidad que endulza las palabras y declaraciones de estas horas primeras, muchos españoles están pensando que seguimos donde siempre, y que no estamos acertando en el enfoque de un problema que, por unas u otras razones, se nos resistió por décadas y que ahora se puede complicar con los efectos de la política imperial a la que nos hemos adherido. Porque ya es hora de aprender que ningún problema humano se ha solucionado haciendo silogismos en bárbara. Y porque hace mucho tiempo que a los terroristas de aquí o de allá no les interesa la lógica.

¡MALDITA SEAS ETA!



José Luis Úriz

ESCRIBO ESTAS LÍNEAS aún impactado por las imágenes de mi ciudad, Madrid, machacada por los criminales. Mis paisanos cubiertos de sangre, los cadáveres tapados en el suelo. Después de llamar con la angustia al cuello, a los hermanitos de mi compañera para interesarme por si algún familiar próximo había resultado afectado. Alguno de ellos se ha librado por haberse dormido, porque solía coger uno de los trenes en los han explotado las bombas. He tenido que recurrir a lo más profundo de mi "uso de razón" para no titular este artículo como me lo estaba pidiendo el cuerpo: ¡ETA hijos de puta! No lo he hecho por respeto a los lectores y a este periódico que acoge mis reflexiones desde hace casi cuatro años.

¿Qué puede decir hoy alguien, que como es mi caso, defiende el diálogo como fórmula para resolver los conflictos? ¿Qué puede decir hoy quien defiende la comunicación entre diferentes, incluso entre los muy diferentes?

Ante esta barbarie que me afecta especialmente porque ha ocurrido en la ciudad que me vio nacer, en los lugares que reconozco, lo lógico es que optara por el prudente silencio.

Pero no me da la gana plegarme a lo que pretenden estos fascistas criminales. No me callé ante los fascistas de antes, y no lo voy a hacer ante los de ahora.

ETA significa "Euskadi, y libertad". ¿Es así, canallas, como pretendéis conseguir esa libertad? Los vascos siempre han sido gentes de bien, respetados y apreciados por el resto de pueblos de este maravilloso y plural país, y vosotros seguís empeñados en manchar, en manchar, esa relación, esa convivencia.

Este horrible atentado va contra la línea de flotación de esa convivencia. Destroza cualquier puente que se pueda construir, desactiva a todos los que intentamos aportar algo de raciocinio en este conflicto. Nos sitúa cara a cara con el monstruo. Pero no sólo eso, también debilita a cualquier alternativa sensata tanto en Espa-

ña como en Euskadi. ¿Podemos imaginar dentro de unos días al lehendakari presentando su Plan en Madrid?

Los efectos van a ser más profundos que el dolor que han originado. El proceso electoral se ha acabado. El PP va a obtener una victoria arrolladora, porque no podemos exigir a nuestros ciudadanos que voten con la razón después de este tremendo impacto. Lo lógico, y no podemos echarse en cara, es que lo hagan con las entrañas. Ése es uno de los efectos que busca ETA. Cuanto peor, mejor.

¿Y su mundo, qué? Las miles de personas que les apoyan políticamente ¿no van a tener la valentía de plantarles cara? Porque también hasta ellos va a llegar la onda expansiva de este horrible crimen. Sus presos van a tener aún menos esperanzas de las que tenían, su expresión política va a vivir un futuro muy negro. Se lo merecen. Se lo merecen por cobardes. Nadie desde planteamientos de izquierda, o de extrema izquierda, puede permanecer callado en estos momentos. Nadie excepto los fascistas, y los cobardes.

Asesinar a decena de trabajadores y estudiantes sólo lo pueden hacer asesinos, así a secas. Poner bombas en trenes repletos de ciudadanos no lo hacen los revolucionarios, lo hacen los criminales. Tiene una simbología macabra que una de ellas se ponga en El Pozo del Tío Raimundo, lugar emblemático de la lucha antifranquista.

Pero por encima de la rabia y el dolor, a algunos se nos debe de exigir que la sensatez se imponga a la visceralidad. Por eso aunque hoy no toca decirlo, tenemos que tener la valentía suficiente para hacerlo. Es el momento de cicatrizar heridas, de acercar posiciones, de dialogar entre demócratas por muy alejados que estemos en lo ideológico, de aparcar (no suprimir, simplemente aplazar) Planes, de abrir nuevas vías en ese diálogo que ETA pretende truncar.

Aislemos a los criminales, pero acerquémonos los demócratas, nacionalistas y no nacionalistas, progresistas entre sí, incluso progresistas y conservadores. No consintamos que ETA se salga con la suya.

Hoy es momento de solidarizarse con las víctimas y sus familiares. Con Madrid, mi ciudad que tanto quiero. De curar las heridas. De llorar a los muertos.

Mañana, de recuperar la esperanza que los criminales nos intentan robar.

Madrid, mi corazón está hoy más cerca aún de ti. Resististe durante años a las hordas fascistas de Franco, y seguro que resistirás ahora. ¡No pasarán!

Cuando termino de escribir este artículo llegan nuevas noticias que dicen que pueda ser Al Qaeda los autores de este criminal atentado. A pesar de ello he decidido mantener el texto, porque aunque no haya sido ETA, podría haberlo sido, y lo que es más grave puede serlo en el futuro si continúa su criminal senda.

José Luis Úriz Iglesias es Portavoz de PSN en el Ayuntamiento de Villavieja de Atarribia

DEFENDAMOS LA LIBERTAD

Manuel Huertas Vicente

EN ESTOS momentos en los que todavía desconocemos las consecuencias definitivas de la masacre criminal ocurrida en Madrid, en términos de víctimas mortales y heridos; en medio del estremecimiento generalizado, tan sólo unas líneas para hacer un llamamiento a la unidad de los demócratas. Los terroristas han querido dinamitar nuestra democracia. Cobardemente han atentado

contra ciudadanos inocentes para hacer saltar por los aires nuestra libertad. Han hecho mucho, muchísimo daño. Más que nunca. Pero nuestra democracia es fuerte y sólida y sabrá sobreponerse a este brutal ataque. Los demócratas tenemos que hacer piña para defender la libertad. Hoy todos somos madrileños. Hoy todos somos víctimas. Hoy nos han hecho sangrar a todos. A todos nos han herido. Pero venceremos. ¡No pasarán!

Manuel Huertas Vicente es secretario general del PSE-EE (PSOE) de Gipuzkoa